

# Presentación

En la edición de 1990 del documento *De spiritu et de piis servandis consuetudinibus*, en el que se sintetizan los rasgos fundamentales del espíritu y costumbres del Opus Dei, se hace la siguiente referencia a los santos intercesores: «De acuerdo con la continua tradición de la Iglesia de acudir a la intercesión de los Santos, los fieles del Opus Dei y los socios de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz encomiendan: a la intercesión de San Pío X, las relaciones de nuestra Obra con la Santa Sede; a la intercesión de San Juan Bautista María Vianney, las relaciones con los Revmos. Ordinarios de los lugares; a la intercesión de Santo Tomás Moro, todo lo referente a las relaciones con las autoridades no eclesíásticas, cualesquiera que sean; a la intercesión de San Nicolás de Bari, todo lo relativo a los medios económicos necesarios para ejercer el apostolado de nuestra Prelatura; y finalmente, a la intercesión de Santa Catalina de Siena, que amó con obras y de verdad a la Iglesia de Dios y al Romano Pontífice, el apostolado para la recta formación de la opinión pública, que los fieles del Opus Dei quieren ejercer en todo el mundo, con verdad y caridad»<sup>1</sup>.

En los dos números siguientes de ese mismo documento se añade que, en la fiesta de san Juan Bautista María Vianney, cada uno procurará intensificar su petición por la santidad de los sacerdotes (cfr. n. 104) y que en la sede de todos los centros ha de colocarse una imagen de san Nicolás de Bari (cfr. n. 105).

En estos párrafos se contiene, junto al nombre de los intercesores y sus respectivos ámbitos de intercesión, el modo en que ésta debe ser solicitada por parte de los miembros del Opus Dei: primeramente, la oración personal –«encomiendan»– dice el documento, a la que habría que añadir la dimensión litúrgica, con la celebración de la memoria de esos santos. Y

<sup>1</sup> *De Spiritu et de piis servandis consuetudinibus*, Roma, 1990, n. 103, Archivo General de la Prelatura del Opus Dei (AGP).

finalmente, dos elementos peculiares, que se refieren solo a dos de ellos, la imagen de san Nicolás, y la especial oración por los sacerdotes en la fiesta del cura de Ars.

Tras la lectura de estos textos, cabría formularse algunas preguntas. ¿De qué modo se llegó a la aparición de la figura del «intercesor» en el *Opus Dei*? ¿Cómo y cuándo se eligió a cada uno de esos santos, que en su conjunto forman un grupo ciertamente heterogéneo? ¿Por qué el fundador nombró intercesores del *Opus Dei* a un papa italiano, que vivió a caballo entre los ss. XIX y XX; a un sacerdote secular francés del s. XIX; a un político inglés, padre de familia y conocida figura pública en la Inglaterra del s. XVI; a un obispo del Asia Menor que vivió entre los siglos III y IV; y finalmente, a una mujer, terciaria dominica italiana, del s. XIV? Los cinco artículos del monográfico que ahora se introduce responden con detalle a estas preguntas.

Este cuaderno monográfico se caracteriza, en primer lugar, por la diversidad de especialidades y de nacionalidades de los autores que han colaborado. Tres son profesores en la Pontificia Universidad de la Santa Cruz de Roma: Johannes Grohe, profesor de Historia de la Iglesia en la Edad Media, y especialista en Historia de los Concilios –dirige la revista *Annuario Historiae Conciliorum*–, se ha ocupado de la figura de Catalina de Siena. Laurent Touze, profesor de Historia de la Espiritualidad y director del Departamento de Teología Espiritual de la Facultad de Teología, ha escrito sobre su compatriota Juan Bautista María Vianney; Miguel de Salis, profesor de Eclesiología de la misma Facultad y consultor de la Congregación para las Causas de los Santos, aborda la figura de Pío X. Fuera de ese ámbito académico romano, hay que situar a Andrew Hegarty, investigador en la Universidad de Oxford y director del *Thomas More Institute* (Londres), que escribe sobre el santo y político inglés; y, finalmente, a José Miguel Pero-Sanz, durante cuatro décadas director de la revista *Palabra* y autor de un libro sobre san Nicolás de Bari, que aborda la figura del obispo de Myra.

La diversidad de autores, así como la multiplicidad de enfoques y de extensión, que se aprecian entre las cinco colaboraciones, no es un obstáculo para que el cuaderno monográfico ofrezca una visión de conjunto sobre el tema, a la par que una historia singular de cada una de las figuras.

Los autores han demostrado su competencia en una tarea que ha resultado más complicada de lo que se imaginó cuando, desde el Comité editorial de la revista, se puso en marcha este proyecto. Es obligado, por tanto, un agradecimiento sincero a cada uno de ellos por el esfuerzo realizado, así como una felicitación por los resultados obtenidos.

La documentación referente a los intercesores no forma una unidad en el Archivo General de la Prelatura. Para llevar a cabo estos estudios, ha sido necesario rastrear en un volumen variado, amplio y disperso de fuentes: en primer lugar los escritos de san Josemaría, personales y de gobierno; sus intervenciones orales, registradas o recogidas por testigos; también han sido de utilidad los diarios de algunos centros del Opus Dei en Roma. Igualmente determinante se ha demostrado la documentación conservada sobre la construcción de los oratorios de la sede central del Opus Dei, así como la información sobre la obtención de reliquias. En este contexto, es también obligado un agradecimiento a Francesc Castells y sus colaboradores del AGP, así como a Jesús Gil, que está llevando a cabo una investigación encaminada a reconstruir la biblioteca de trabajo de san Josemaría, y que ha sido también de utilidad para estos estudios.

Gracias al conjunto de estas cinco colaboraciones ha sido posible establecer que la elección de los intercesores por parte del fundador del Opus Dei, tuvo lugar en un periodo que va desde el 6 de diciembre de 1934, cuando fue nombrado el primero de ellos, san Nicolás de Bari, hasta el 13 de mayo de 1964, fecha del nombramiento del último de ellos, en este caso intercesora, santa Catalina de Siena. La elección de los otros tres hay que situarla entre 1952 y 1954. Ya en agosto de 1951 –aunque no se pueda considerar aún un nombramiento formal–, el fundador invitaba a poner al cura de Ars por intercesor en lo referente a las relaciones con los obispos; el 27 de febrero de 1953, san Josemaría decía que «hace pocos días, encomendé a San Pío X las relaciones con la Santa Sede»; y parece que hay que situar durante el verano de 1954 la decisión de san Josemaría de contar con santo Tomás Moro como intercesor para las relaciones con las autoridades civiles.

En los documentos oficiales del Opus Dei hasta el año 1951 inclusive, no se ha encontrado referencia alguna a esas figuras. Por el contrario, en la tercera edición del *Catecismo* de la Obra (1959), ya aparecen los cuatro intercesores que existían hasta la fecha<sup>2</sup>. Recordemos que el nombramiento de santa Catalina fue posterior. Los datos aportados en estos trabajos parecen indicar que fue con ocasión de la elección del cura de Ars, de Pío X y de Tomás Moro, entre 1952 y 1954, cuando san Josemaría decidió formalizar su presencia como grupo de intercesores en el Opus Dei.

<sup>2</sup> «El Catecismo es una explicación de lo dispuesto en los Estatutos de la Prelatura, para facilitar que los fieles del Opus Dei conozcan bien su Derecho particular y su espíritu». Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei, *Catecismo*, octava edición, Roma, 2010, n. 341, AGP, serie E.1.9, leg. 205, carp. 3, exp. 1.

Las siguientes páginas ponen de relieve que, a lo largo de lo que podríamos denominar el periodo de «nombramiento de los intercesores» –1934-1964–, se produjo además una progresiva decantación en la terminología. Durante los años treinta, san Josemaría, refiriéndose a san Nicolás de Bari, utilizó indistintamente los términos de «patrono» e «intercesor». Durante los años cincuenta, coincidiendo con la incorporación de tres nuevos intercesores y con la institucionalización de la figura, se les denominó «patronos menores». Finalmente, en los años sesenta, se llegó al nombre definitivo de «intercesores». Este cambio terminológico estuvo ligado a la clarificación del significado de la figura del intercesor en el Opus Dei, que como también queda documentado en las páginas siguientes, el fundador expresó en los siguientes términos, en una nota de gobierno de 1962: «Los patronos de la Obra no son propiamente modelos para nosotros, para nuestra vocación específica; sino intercesores, protectores de nuestra Obra». En la cuarta edición del *Catecismo* (1966), los cinco santos de los que venimos hablando ya aparecen como «intercesores».

Como ya se ha podido atisbar en estas pinceladas que acabamos de ofrecer, la historia de la elección de los intercesores en el Opus Dei fue un camino largo, que abarcó más de tres décadas. Los trabajos que ahora siguen, ponen además de relieve de qué modo ese proceso estuvo ligado a circunstancias precisas de la biografía de Escrivá y del desarrollo de la Obra.

Pero-Sanz hace ver que la relación de san Josemaría con san Nicolás de Bari (Patara, 255 – Myra, 335) es de vieja data. Con anterioridad al nombramiento como intercesor, que llevó a cabo el 6 de diciembre de 1934, consta que Josemaría Escrivá de Balaguer ya había acudido, en diversas ocasiones, a rezar a la madrileña iglesia de El Salvador y San Nicolás, para «darle un sablazo». San Josemaría acudía para encomendar a san Nicolás los apuros económicos familiares que se habían agudizado desde que, en 1931, dejara el Patronato de Enfermos. Pocos años después, y en el contexto de las dificultades económicas surgidas en torno a la puesta en marcha de la Academia-Residencia DYA, el fundador le nombraría intercesor y, en ese mismo momento, estableció que, en todos los centros del Opus Dei, se colocara una imagen del santo.

Los títulos que el obispo de Myra presentaba a los ojos de Josemaría Escrivá para acudir a su intercesión coincidían con los de la imagen del santo en la tradición popular católica. Apoyándose en la secular fama que tenía de abogado para las causas difíciles, especialmente en ámbito material, san Josemaría lo consideraba «el santo de las dificultades económicas y el santo

de casar a las incasables». En esos primeros años, Escrivá se refería a san Nicolás de Bari con títulos diversos: «administrador», «patrono», «abogado» e «intercesor».

En 1954, en el contexto de las dificultades económicas surgidas con ocasión de la puesta en marcha de la sede central del Opus Dei en Roma, tuvo lugar la primera peregrinación de san Josemaría a la tumba del santo obispo en la capital de la Apulia. En ese mismo año, al hacerse cargo la constructora Castelli de la gestión de las obras, se produjo una mejora de las circunstancias en las que se desarrollaron esos trabajos. También en 1954 quedó terminado el oratorio dedicado a san Nicolás en esos edificios.

Hay que situarse igualmente en la primera mitad de los años cincuenta para ubicar la elección de los siguientes tres intercesores. Las circunstancias de san Josemaría, así como la realidad del Opus Dei, eran bastante diversas de las que habían rodeado, en los años treinta, el nombramiento de san Nicolás de Bari. Por eso, aunque son datos conocidos, quizá conviene enumerar algunos de ellos para evocar el ámbito en el que tuvieron lugar esos nombramientos.

San Josemaría se había trasladado a Roma en 1946. En 1947, el Opus Dei recibió el *Decretum laudis*, que le constituía en institución de derecho pontificio. Ese mismo año comenzó la construcción de la sede central del Opus Dei en Roma. Y al año siguiente, 1948, tuvo lugar la erección de Colegio Romano de la Santa Cruz, un instrumento de formación en Roma para los miembros del Opus Dei que posteriormente protagonizarían su expansión internacional. También en 1948 pudieron vincularse a la Obra personas casadas. En 1950 llegaba la aprobación definitiva como instituto secular por parte de la Santa Sede y ese mismo año se producía la primera incorporación de sacerdotes diocesanos a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. En esas circunstancias, san Josemaría consagró el Opus Dei al Corazón Dulcísimo de María, el 15 de agosto de 1951, y al Sagrado Corazón de Jesús, el 26 de octubre de 1952. Mientras tanto, se producía una vasta expansión del Opus Dei: Portugal (1945), Inglaterra (1946), Francia e Irlanda (1947), Alemania (1952), Suiza (1956), México y Estados Unidos (1949), Argentina y Chile (1950), Colombia y Venezuela (1951), Guatemala y Perú (1953), Ecuador (1954) y Uruguay (1956). También desde 1956, los órganos del gobierno central del Opus Dei, tanto de hombres como de mujeres, estaban ya instalados en Roma. La institución había celebrado su veinticinco aniversario apenas tres años antes.

En este marco de crecimiento numérico e institucional, de romanización<sup>3</sup> y de internacionalización del Opus Dei, san Josemaría escogió al cura de Ars, a Pío X y a Tomás Moro como intercesores. Como ilustran los trabajos que siguen, san Josemaría quiso, precisamente en esos años, que ninguno de los intercesores fuera de nacionalidad española. De ahí que –según Touze–, cuando se trató de elegir un intercesor para las relaciones con los obispos, Escrivá de Balaguer rechazara la idea de acudir a san Juan de Ávila, sacerdote secular e insigne figura del clero español –que poco después sería nombrado patrono del clero secular de ese país–, para elegir en su lugar a Juan María Bautista Vianney (Dardilly, 1786 – Ars, 1859). Ciertamente, se trataba de una cuestión importante, que ponía en el centro la colaboración del Opus Dei con las iglesias locales.

Siguiendo a Touze, podemos saber que fue el 9 de agosto de 1951 cuando san Josemaría decidió nombrar a Juan María Bautista Vianney como intercesor para las relaciones con los obispos, como él mismo venía haciendo, a nivel personal, desde los años treinta. En su artículo, Laurent Touze ofrece un interesante recorrido a lo largo de esa *amistad*, que había tenido sus orígenes en los años veinte.

Juan María Bautista Vianney había sido canonizado por Pío XI el 31 de mayo de 1925, es decir, pocas semanas después de la ordenación sacerdotal del fundador del Opus Dei y de su primer encargo pastoral, como regente de un pequeño pueblo rural. En una época en las que las canonizaciones no eran muy numerosas, difícilmente pasaría inadvertida para el recién ordenado la figura que Pío XI propuso como modelo a los sacerdotes diocesanos. En la biblioteca de san Josemaría se conserva una edición de los sermones del párroco francés de 1927.

Es posible localizar referencias al cura de Ars en la predicación de san Josemaría durante los años treinta y cuarenta. Entre 1953 y 1960 –recordemos que el trabajo del Opus Dei en Francia había comenzado en 1947– se pueden contar diecinueve peregrinaciones de san Josemaría al pueblo de Ars. La estatua del santo francés, que el fundador tuvo sobre su mesa de trabajo desde su primer viaje, fue entregada a los arquitectos en 1957 para que les sirviera de inspiración a la hora de pensar en la imagen que debería presidir el oratorio dedicado al santo, cuyo proyecto se había iniciado en 1952 y quedó terminado en 1958.

<sup>3</sup> San Josemaría utilizó a veces ese término para inculcar en los miembros del Opus Dei amor al Papa, obispo de Roma. *Romanizarse* era para san Josemaría hacerse más universal, más católico.

Si la figura del sacerdote secular francés nos ha llevado hasta los primeros meses del ministerio sacerdotal de san Josemaría, la figura de papa Sarto (Riese, 1835 – Roma, 1914), siguiendo el estudio de Miguel de Salis, nos hace ir aun más atrás en su biografía. Concretamente, nos sitúa en el año 1908, cuando Josemaría Escrivá, que contaba seis años, obtuvo un premio en el concurso organizado en su colegio, con ocasión de los cincuenta años de sacerdocio del papa Pío X, entonces reinante. No fue este, sin embargo, el principal recuerdo que san Josemaría conservaría de este papa, sino un hecho que tuvo lugar cuatro años después, en 1912. A lo largo de su vida, san Josemaría expresó su agradecimiento a Pío X por haberle posibilitado hacer su primera Comunión a la edad de diez años. Como es sabido, fue en 1910 cuando el pontífice publicó el decreto *Quam singulari*, con el que anticipaba la edad de la primera Comunión de los niños.

En la España de los años veinte y treinta, Pío X fue conocido como el *Pontífice de la Eucaristía*. Así lo denominaban los obispos españoles en la carta postulatoria que enviaron, en 1923, para pedir la apertura del proceso de canonización de papa Sarto. Como ilustra de Salis, la fama de santidad de Pío X no dejó de crecer durante esos años.

Conectando nuevamente con la presencia de este papa en la biografía de Josemaría Escrivá, De Salis ofrece varias referencias a la santidad de Pío X en la predicación del fundador en los años treinta y cuarenta. Igualmente, fue tema frecuente de su predicación el lema *Instaurare omnia in Christo*, que para san Josemaría tuvo unas particulares resonancias en relación con el modo de entender la misión del Opus Dei en el mundo.

Una peculiaridad que ofrece el papa Pío X respecto a los demás santos que nos ocupan, es que fue nombrado intercesor antes de haber sido canonizado. De hecho, san Josemaría tuvo ocasión de vivir en Roma tanto su beatificación como su canonización, que llevó a cabo Pío XII en 1951 y 1954, respectivamente.

La fecha clave que ha individuado de Salis en relación a su nombramiento como intercesor de la Obra es la del 27 de febrero de 1953. En esa data, san Josemaría comunicaba que pocos días antes había encomendado a san Pío X las relaciones del Opus Dei con la Santa Sede.

El autor permite ver que la devoción del fundador del Opus Dei a san Pío X se prolongó en los años posteriores, y desde 1960 el recurso a su intercesión adquirió unos tonos particulares, cuando el fundador empezó rezar y a pedir oraciones por su *intención especial*: el encuadramiento jurídico definitivo para el Opus Dei. Desde finales de los años sesenta, además, el

recurso a san Pío X se enriqueció con un nuevo elemento cuando, en medio de la confusión doctrinal post-conciliar, san Josemaría vio en el papa Sarto un ejemplo de fortaleza y claridad en la trasmisión de la fe, especialmente mediante la enseñanza del catecismo.

El último de los intercesores elegido en los años cincuenta fue santo Tomás Moro (Londres, 1478-1535), que había sido beatificado en 1886 por León XIII. Andrew Hergarty hace notar que, con anterioridad a los años cuarenta, no es posible documentar una conexión de san Josemaría con el Lord Canciller de Inglaterra, pero que algunos elementos contextuales llevan a suponer que, muy probablemente, conocía su figura.

Tomás Moro era conocido en la España de las primeras décadas del siglo XX, sobre todo desde 1935, cuando, coincidiendo con un periodo de complejas relaciones Iglesia-Estado, el político inglés fue canonizado. Igualmente era conocido entre los católicos de la Italia de la postguerra, a la que llegó san Josemaría en 1946.

En cualquier caso, a partir de los años cuarenta, las referencias a este estadista aparecen abundantemente en la biografía de san Josemaría. Precisamente en 1946, había comenzado el trabajo apostólico del Opus Dei en Inglaterra, en 1947 lo haría en Irlanda y en 1949 en Estados Unidos. Un año antes, Daniel Sargent, escritor americano que había sido profesor en Harvard, publicaba una biografía sobre el ingeniero Isidoro Zorzano, uno de los primeros miembros del Opus Dei, que había fallecido con fama de santidad unos años antes. En su libro, el autor americano establecía un paralelismo entre Zorzano y Tomás Moro.

La figura del santo inglés, casado y padre de familia, así como hombre notorio, servidor de su país en la función pública y ejemplo de lealtad a la Iglesia y a su patria no podía dejar de llamar la atención de Josemaría Escrivá. Recordemos que también en estos años, concretamente en 1948, había tenido lugar la incorporación al Opus Dei de los primeros miembros casados.

Hegarty sostiene que, en el verano de 1954, ya estaba tomada la decisión de nombrar a santo Tomás Moro intercesor del Opus Dei. San Josemaría le encomendaría las relaciones con las autoridades civiles, descartando la figura del valenciano san Vicente Ferrer, en quien, según apunta el estudioso inglés, el fundador habría pensado con anterioridad para esta misión.

Entre 1958 y 1960, Escrivá de Balaguer trascurrió los veranos en Inglaterra y tuvo numerosas ocasiones de ir a rezar ante los restos del santo, conservados en la iglesia anglicana de St. Dustan. Hegarty atestigua, igualmente, el interés de san Josemaría en procurarse una reliquia del santo, deseo que



se hizo realidad a finales de 1959. Durante los años sesenta, san Josemaría acudió frecuentemente a Tomás Moro para pedir por algunas iniciativas del Opus Dei que estaban naciendo en aquellos momentos, como la Universidad de Navarra, o proyectos como un *college* en la Universidad de Oxford; igualmente, acudió a su intercesión para que se entendiera mejor la libertad de los fieles del Opus Dei que actuaban en la vida pública por una elección exclusivamente personal. Concretamente, en la España de los años 57 y 58 estaban surgiendo importantes dificultades al respecto, desde el momento en que algunas personas del Opus Dei habían aceptado el nombramiento como ministros en algunos gobiernos del régimen del general Franco.

Junto a su función de intercesor para la relación con las autoridades civiles, santo Tomás Moro fue invocado por san Josemaría durante los años sesenta y setenta como ejemplo de lealtad y fortaleza en los complejos años que siguieron al Concilio Vaticano II.

Como ilustra Hegarty, Escrivá también le encomendaba intenciones relacionadas con la opinión pública, misión en la que fue *relevado*, algunos años después, con el nombramiento de Santa Catalina de Siena (Siena, 1334 – Roma, 1380).

De este modo llegamos a la última intercesora, nombrada el 13 de mayo de 1964. Como pone de relieve Johannes Grohe, la *amistad* entre santa Catalina y san Josemaría se remontaba a los años veinte. Desde que era sacerdote joven, el fundador del Opus Dei escribía unas notas personales a las que llamaba «catalinas», precisamente por su devoción a la santa de Siena, a la que consideraba una «amiga amadísima», «un alma sencilla y fuerte», una «gran murmuradora». San Josemaría apreciaba su amor a la Iglesia y al Papa y su capacidad de decir la verdad aunque resultase incómoda. Expresiones que la santa utilizaba para referirse al romano pontífice, como «il dolce Cristo in terra» o «il vice Cristo», se encuentran con frecuencia en la predicación del fundador del Opus Dei.

Santa Catalina de Siena había sido canonizada por Pío II, en 1461, lo que significa que el quinto centenario del evento tuvo lugar en 1961 y fue conmemorado por Juan XXIII con una carta dirigida al general de los dominicos, así como por la emisión de un sello y la colocación de una estatua en la romana Piazza Pia. Por tanto, la primera mitad de los años sesenta se pueden considerar, sobre todo en Roma, como un momento de redescubrimiento de la santa de Siena.

Su nombramiento como intercesora, en mayo 1964, habría que ponerlo en relación, como establece Grohe, con el avivarse de la devoción

a santa Catalina por parte del fundador y con su cambio de actitud respecto al modo de comportarse ante la opinión pública. El mismo san Josemaría lo explicaba con estas palabras, algunos días antes del 13 de mayo: «Deseo que se celebre la fiesta de esta Santa en la vida espiritual de cada uno, y en la vida de nuestras casas o centros. Siempre he tenido devoción a Santa Catalina: por su amor a la Iglesia y al Papa, y por la valentía que demostró al hablar con claridad siempre que fue necesario, movida precisamente por ese mismo amor. Antes lo heroico era callar, y así lo hicieron vuestros hermanos. Pero ahora lo heroico es hablar, para evitar que se ofenda a Dios Nuestro Señor».

Hasta ese momento, san Josemaría había considerado que la actitud que convenía mantener ante los ataques y las incomprensiones era el silencio. Ahora se abría una nueva etapa, que coincidió con el nombramiento de santa Catalina como intercesora para el apostolado de la opinión pública que realizan los miembros del Opus Dei.

La síntesis que hemos ofrecido del cuaderno monográfico que se ofrece a continuación, pone de relieve cómo la historia de los intercesores permite asomarse tanto a la biografía de san Josemaría como a la historia del Opus Dei, en el contexto general de la historia de la Iglesia. Sin duda, no pasa inadvertido, por ejemplo, que el relato de la elección de los intercesores evidencia la visión universal del fundador del Opus Dei y su capacidad de superar antiguos, y no tan antiguos prejuicios anti-franceses y anti-británicos que estaban insertos en la cultura española en la que se formó.

Más importante aún nos parece la relación entre la biografía de san Josemaría y la historia del desarrollo del Opus Dei, que se pone de manifiesto en estos episodios. Resulta claro que la elección de los intercesores fue considerada como un acto fundacional y que, por tanto, le competía exclusivamente a él proceder en este sentido cuando consideró que había llegado el momento de hacerlo. Así pues, la elección de los intercesores no nació de una iniciativa colegial de los colaboradores del fundador en el gobierno del Opus Dei, lo que también se refleja –como se apuntaba al inicio– en la dispersión topográfica de la documentación sobre el tema. Sirvan estas ideas como botón de muestra de unas posibles lecturas de los trabajos que ahora se presentan.

Además, se podría pensar que la biografía de Josemaría Escrivá y la historia del Opus Dei no son el único nivel de análisis en el que se pueden abordar estos estudios. Como apunta Touze, inspirándose en Newman, sería también posible hacer una lectura de toda esta cuestión desde la perspectiva de la historia de la espiritualidad, lo que permitiría reconstruir las *amistades*

entre los santos, forjadas a lo largo de la historia de la Iglesia y a distancia de siglos.

Estas *amistades* ilustran el proceso de continuidad y discontinuidad que caracteriza toda la historia de la espiritualidad: por un lado los santos más recientes asumen tradiciones seculares, que reciben a través de las figuras de los que les han precedido; al mismo tiempo, estos santos *más jóvenes*, partiendo de sus propios carismas llevan a cabo una relectura de las figuras y de los mensajes de sus antepasados. En este nivel de análisis resultan de gran interés las referencias que hacen los diversos trabajos del presente cuaderno monográfico a la presencia de la doctrina de cada uno de estos santos –todos excepto san Nicolás, han dejado autógrafos de su pensamiento o de su espiritualidad– en los escritos y en la predicación de san Josemaría.

Sin abandonar del todo este segundo nivel de lectura, se podrían destacar algunos datos, más o menos conocidos, que se ponen de relieve tras la lectura de estos trabajos. Así, por ejemplo, es posible encontrar citados por el cardenal Roncalli, por Juan Pablo II y recogidos en el *Catecismo de la Iglesia Católica*, los episodios de la vida del cura de Ars que más impresionaron a san Josemaría. Otro ejemplo: en 1967, Pablo VI anunció su intención de nombrar a Catalina de Siena doctora de la Iglesia, lo que se hizo efectivo en 1970. Juan Pablo II la nombró patrona de Europa en 1990 y, diez años más tarde, nombró a Tomás Moro patrono de los gobernantes y políticos.

Para terminar, se podría apuntar una última reflexión, en esta ocasión de carácter epistemológico-historiográfico, que conecta con las dimensiones de *amistad*, *poder* y *medios*, con que los intercesores se presentaron en la vida y en la obra de san Josemaría. El fundador del Opus Dei repitió, en más de una ocasión, esta o análogas expresiones: «¿Qué puede hacer una criatura, que debe cumplir una misión, si no tiene *medios*, ni edad, ni ciencia, ni virtudes, ni nada? Ir a su madre y a su padre, acudir a los que *pueden* algo, pedir ayuda a los *amigos*... Eso es lo que hice yo en la vida espiritual»<sup>4</sup>. De este modo expresaba que las amistades, las influencias, los medios de que carecía en el terreno humano, debían suplirse con un particular recurso a la oración y a lo que él llamaba con frecuencia «medios sobrenaturales». No cabe duda de que las vicisitudes que llevaron al nombramiento de los intercesores debe incluirse en esta lógica.

<sup>4</sup> José Antonio LOARTE (ed.), *San Josemaría Escrivá de Balaguer. Por las sendas de la Fe. Selección de textos de la predicación*, Madrid, Cristiandad, 2013, p. 148. La cursiva es mía.

Desde esta perspectiva, la historia que recorre el presente monográfico pone de relieve una dimensión del desarrollo del Opus Dei –común a la historia de la Iglesia en general– de la que no se puede prescindir sin riesgo de quedar atrapados en interpretaciones parciales. Me refiero a la conjunción entre elementos humanos y elementos sobrenaturales –propia de la misma realidad de la Iglesia–, que en la historia del Opus Dei se pueden entender como realización de una expresión del fundador, también recogida en las páginas siguientes: «Hay que poner los medios humanos y a la vez los sobrenaturales, que siempre van juntos».

Ciertamente, queda fuera de las posibilidades del historiador indagar con su método propio sobre los efectos de esos segundos medios, pero –aunque para algún autor esta consideración pudiera resultar fuera de lugar– pienso que su existencia no debe ser excluida *a priori*, si no se quiere mutilar la realidad histórica a la que, científicamente, se quiere acceder. En este contexto, los llamamientos a la «humildad del historiador», que hacía el que fue profesor en La Sorbona y director del *École Française de Rome*, Henri Irénée Marrou, me parecen siempre actuales y saludables<sup>5</sup>.

Las páginas que siguen ponen de relieve que historias como la puesta en marcha de la Academia DYA, primera manifestación externa e institucional del apostolado del Opus Dei; la construcción de la sede central en Roma; los inicios y la consolidación de la Universidad de Navarra; el intento de hacer comprender la libertad personal de los miembros que actuaban en política durante el régimen de Franco; las relaciones con numerosos obispos de diversos países; la solución jurídico-institucional adecuada a la realidad del Opus Dei; el intento de conjugar claridad y caridad para mantener la fidelidad a la doctrina, al tiempo que se aprovechaban los vientos renovadores del Concilio Vaticano II, etc., todas estas historias, repito, estuvieron ligadas también al relato sobre los intercesores, que ahora se aborda.

Con mucho más detalle se pueden seguir cada uno de estos temas en los artículos que siguen. No me queda más, por tanto, que invitar a su lectura.

Federico M. Requena

*Istituto Storico San Josemaría Escrivá*

<sup>5</sup> Henri-Irénée MARROU, *De la connaissance historique*, Paris, Éditions du Seuil, 1955, p. 56.